

NUEVO ORDEN ECONOMICO Y PLENO EMPLEO

Josu Ardaiz Loyola

Durante años los economistas mantuvieron que el sistema basado en la economía de mercado libre, en régimen de competencia perfecta, era capaz de conseguir simultáneamente estas cinco metas:

1. Crecimiento económico sostenido por encima del crecimiento de la población y una justa distribución de la renta.
2. Pleno empleo.
3. Estabilidad en los precios.
4. Balanza de pagos equilibrada y
5. Mantenimiento en la paridad de la moneda.

A pesar de que numerosos estudios críticos, algunos elaborados por heterodoxos, como el caso de Malthus y otros, realizados por radicales revolucionarios tales como Marx y Thorstein Veblen, describían crisis y pronosticaban graves inconvenientes del sistema, la euforia predominaba y en líneas generales se cantaba la bondad de un modelo económico, el capitalista, capaz de conseguir las cinco metas citadas de manera simultánea y eficaz. Los años de la gran depresión supusieron una ruptura al desbordante optimismo de los economistas clásicos, excepción hecha de algunos agoreros como los ya citados. No obstante, apareció una segunda generación de clásicos entre los que hay que destacar la figura de Lord Keynes. Esta segunda generación seguía creyendo en las bondades del sistema pero aceptaban algunas de las críticas y pensaban que con ciertas correcciones introducidas por el sector público podría, si no conseguirse los cinco objetivos citados anteriormente, sí lograr varios de ellos a la vez y el resto mantenerlos en unas cotas aceptables. En definitiva la nueva generación de clásicos mantenía que con la intervención del sector público se incrementará el consumo y la inversión y de esa forma podrá lograrse una demanda efectiva capaz de mantener altos crecimientos de

la renta y pleno empleo aunque fuese a costa de problemas en la balanza de pagos o de inflación.

La decidida intervención de los Gobiernos después de la Segunda Guerra Mundial, en base a las recetas derivadas de la Teoría General de Keynes, les llevó a incrementar el gasto público, y de una manera muy acusada los gastos armamentistas. Esta actuación, junto al increíblemente bajo precio de las energías y también de otras materias primas, como los fosfatos, e incluso alimentos de primera necesidad como el trigo, el maíz, el arroz, etc., unida a las innovaciones que se introdujeron después de Bretton Woods en el Sistema Monetario Internacional y a los acuerdos del GATT, permitieron una década de crecimiento económico prodigioso. En el período comprendido entre principios de los años sesenta y comienzos de los setenta, la economía de los países más adelantados, lo que podríamos denominar el primero y el segundo mundos, creció con tasas del 6 % acumulativo anual e incluso en algunas ocasiones se sobrepasaron estas tasas. Japón llegó a superar el 10 % y el Estado Español conoció tasas del 8 % durante algunos años. Todo esto permitió que renaciera la ilusión de que era posible mantener indefinidamente el pleno empleo y elevar los niveles de renta per cápita. Aunque los hechos tozudamente quitaban la razón a este optimismo, e incluso prestigiosas publicaciones y personas tan poco sospechosas como Mc. Namara decían que uno de los grandes fracasos del sistema era su imposibilidad para conseguir un empleo digno para todos y cada uno de los individuos que quisiesen trabajar, dicho optimismo existía. Se elaboraron teorías tan atractivas como las de Rostow sobre el crecimiento económico. Como es sabido dicha teoría propugnaba que cualquier país podría, en principio, ser capaz de conseguir un desarrollo similar al de los países más avanzados económicamente. Bastaba, decía Rostow, que se recorrieran sucesivamente una serie de etapas, que este autor asimilaba o ejemplificaba con las etapas del despegue de un avión. Al final todo el mundo podría ser feliz.

Otros economistas, ante la constatación de que la inflación y el paro crecían simultáneamente, elaboraban una curiosa teoría que se ha venido conociendo con el nombre de curva Philips. Evidentemente se reconocía la existencia simultánea del paro e inflación, pero se decía al mismo tiempo que existía un “trade-off” entre ambas variables y que por decirlo así cada país podía “comer a la carta” eligiendo la combinación paro-inflación que creyese más adecuada. Al mismo tiempo se apuntaba que con una mejor distribución de la renta se podría desplazar la curva hacia el origen, con lo cual disminuirían a la vez el paro y la inflación.

Esta teoría, que sirvió para explicar los fenómenos económicos en el período 1960-1973, ha tenido que ser descartada cuando los hechos muestran que se producen simultáneamente fuertes tasas de paro con altas velocidades de crecimiento de los precios, a pesar de la mejora en la distribución del

ingreso; es decir, datos económicos constatan que se produce exactamente lo contrario a lo pronosticado por la teoría.

El año 1973, fue sin duda, un mal año para los economistas y para la economía de los países del mundo occidental. Por un lado, el precio del petróleo creció de 1,5 a 5 dólares barril y el precio de los cereales experimentó una subida casi en la misma proporción.

A su vez, en 1973, se divulgó un informe económico que se había publicado el año anterior: *el I Informe al Club de Roma*. Este trabajo supuso un fuerte golpe para la mentalidad al uso, ya que decía que era imposible mantener indefinidamente un crecimiento económico basado en una tecnología muy contaminante y muy consumidora de recursos no renovables (no sólo el petróleo, sino también los minerales y otras materias primas). Las críticas comienzan a sucederse y aquellos que años atrás eran considerados visionarios o agoreros pasan a tener un papel más importante. Aunque los gobiernos se siguen empeñando en aplicar las mismas recetas que propusiera Keynes, lo cierto es que algo comienza a cambiar.

Cada vez se pone más claramente de manifiesto que son las oscilaciones de los precios de las materias primas y de la energía y los fuertes incrementos de productividad inducidos por la tecnología los hechos que perturban y producen fuertes desajustes en las teorías económicas al uso.

En la década de los 80 el mundo se encuentra en una situación nueva: el paro deja de ser un problema económico y se convierte en un problema social de primera magnitud en los países superdesarrollados que creían que habían logrado desechar para siempre este fantasma. En una escala reducida, en el Estado Español, se reproduce esta misma problemática. En efecto, al final de los años 70 el desempleo comienza a crecer de una manera desorbitada, los precios suben y la inflación se hace absolutamente inmoderada; pero al mismo tiempo crece la renta disponible, crece el ingreso per cápita, se incrementan las desigualdades regionales y comarcales y, de una manera especialmente notable, la productividad del trabajo consigue espectaculares subidas.

Era palpablemente manifiesto, y no sólo en el Estado Español, que la política de orientación de precios llevaba a creación de enormes excedentes (el caso más significativo es lo que se ha llamado las “montañas de mantequilla” y “lagos de leche” en la Comunidad Económica Europea). Las políticas de apoyo a las áreas desfavorecidas no lograban en absoluto la finalidad que perseguían, puesto que como se ha dicho las desigualdades seguían aumentando. En fin, las políticas de fomento al empleo fracasaban; así en el Estado Español se llega a casi 3 millones de parados a pesar de todas las acciones encaminadas a crear empleo.

Se produce, por tanto, una quiebra absoluta y total de las políticas económicas basadas en las teorías más o menos reformistas que se generan a

partir de la Teoría General. Desde hace un lustro en el Estado Español se oye decir que el próximo año será bueno y que ya se vislumbra la salida del “túnel” pero la verdad es que cuando concluye el año el “túnel” se ha alargado y de nuevo los políticos repiten exactamente el mismo mensaje que contaban un año antes. También se escucha a los empresarios afirmar que cuando se incremente la participación del excedente empresarial en el ingreso total se reactivará la inversión privada. Pues bien, en la década de los 60 y principios de los 70, a pesar de que el excedente empresarial disminuyó y, por el contrario aumentó la participación de la masa salarial, la inversión privada fue boyante y creciente. Sin embargo, en los años 83-85 el excedente empresarial, aumentó significativamente su participación en la renta nacional y, sin embargo, la inversión privada no respondió a dicho aumento. Otra teoría que debe ser abandonada en la medida en que sus pronósticos no se ajustan a los hechos observados.

Sin embargo, la economía española se encontraba en una situación excepcionalmente buena en lo que se refiere a la balanza de pagos y a reservas de divisas. El año 85 el PIB creció por encima del 2 % y se siguió destruyendo empleo. En síntesis hoy empiezan a ser universalmente aceptadas estas tres premisas:

1.^a Las políticas macroeconómicas no han logrado éxitos significativos para frenar el paro. Sólo con políticas económicas renovadoras podrían obtenerse avances.

2.^a El sector industrial no va a crear empleo neto en los próximos años. Por el contrario, el sector servicios —y más concretamente los servicios relacionados con la información (*)— será el gran proveedor de nuevos empleos.

3.^a La estrategia de reparto del empleo existente se impone como la gran receta a medio y largo plazo.

Dicho reparto se puede conseguir por varias vías a la vez: disminución de la jornada de trabajo, empleo a tiempo parcial, puestos de trabajo compartidos, etc.

Esto supone pensar en un Nuevo Orden Económico basado o sustentado en una renovación importante y drástica de los valores sociales. Este Nuevo Orden Económico se impondrá necesariamente y deben ser las administraciones públicas las que pueden conseguir que la transición de un orden caduco a un nuevo orden sea relativamente poco traumática, si aciertan en el camino y en la forma de llevarlo a cabo. Este es precisamente el papel que tienen asignado dichas instituciones.

La filosofía fundamental en que basar el Nuevo Orden Económico es sustituir el consumo de bienes por el consumo de tiempo, por el consumo de

* Se entiende aquí por información: enseñanza, investigación, publicidad, ocio, cultura, informática. etc.

ocio. Naturalmente que consumo de ocio no es equivalente a no consumo. El ocio en la sociedad en que vivimos es sinónimo de diversión y es sinónimo de consumo de determinados bienes y servicios que podemos convenir en denominar *blandos* utilizando una terminología que ha estado muy de moda y que todavía lo está. Es decir, que hay que *producir más información* para la sociedad en forma de más espectáculos culturales, más libros, más actividades recreativas, más contacto con la naturaleza, etc.

Pero también es cierto que, si se quiere mantener el empleo —los niveles de empleo— es imprescindible que disminuya de manera importante la jornada laboral. Las 35 horas semanales se impondrán a corto plazo y probablemente antes de fin de siglo se estará en torno a las 30 horas de trabajo a la semana. Una disminución mucho más acusada sucedió en un período de tiempo más dilatado; pero en la actualidad los cambios se producen con mucha más rapidez. Nadie podría pensar que de la jornada de 12 horas diarias, 6 ó 7 días a la semana, se pasase a las 40 horas semanales y unas 1.800 horas al año; sin embargo, sucedió. En las actuales circunstancias es imposible pensar que esta drástica reducción de la jornada de trabajo pueda llevarse a cabo con incrementos de los salarios reales. Como máximo se podrá pensar en mantener el poder adquisitivo de los salarios o incluso en la disminución de los salarios individuales sin que esto signifique que disminuirán los ingresos familiares, que después de todo son, los auténticos decisores del consumo.

El convencimiento de que esto va a suceder de una manera inevitable es el que lleva a formular un juicio final relativamente optimista: se podrá hablar de pleno empleo al final del actual milenio, pero entendiendo por pleno empleo una situación diferente a la que actualmente tienen in mente los políticos y economistas. Hablaremos de un pleno empleo basado en unas 30 horas de trabajo a la semana, en el retraso de la incorporación a la vida activa (en torno a los 23 años) y en el adelanto de la jubilación (alrededor de los 60 años).

Por lo tanto, para llegar a esta situación de pleno empleo será necesario lograr una disminución importante de la población activa. Asimismo es imprescindible reducir la jornada laboral con la consiguiente disminución de los ingresos individuales (ello no implica necesariamente la reducción de los ingresos familiares). Esta nueva situación conducirá a una disminución en el consumo de bienes, que podríamos denominar *duros*, que serán sustituidos por una mayor demanda de bienes y servicios sociales. Este incremento se producirá merced a la disponibilidad de cada vez más tiempo libre, lo que permitirá a las personas un mayor desarrollo de sus potencialidades que a su vez los hará cada vez más libres.

En tanto en cuanto se consiga rebajar los niveles de la población activa, reducir la jornada laboral y disminuir el número de horas trabajadas al año, se estará en el buen camino para ir solucionando el problema del paro.

Lo ideal sería que estas tres medidas apuntadas se hicieran realidad como consecuencia de la libre decisión personal. Ello implicaría que la sociedad había conseguido que se hiciera realidad, como un nuevo derecho del hombre, la libertad de elección de la jornada de trabajo. Esta será, sin ninguna duda, la mejor fuente para solucionar el problema del paro.

La elección voluntaria de la jornada de trabajo permitirá conseguir un nuevo equilibrio en el que tendrán cabida la totalidad de los trabajadores. De esta forma se podrá alcanzar el pleno empleo (entendido de una forma muy diferente a la actual) al que nunca podrá llegarse por la vía de incrementos de la inversión, el crecimiento del PIB, los pactos sociales, las ayudas incentivadoras de la Administración o los beneficios fiscales.

La era de la cibernética y la robotización de muchos procesos productivos deben posibilitar la puesta en práctica de este nuevo concepto de trabajo. Con la organización y estructura empresarial actual puede parecer poco factible la introducción de una gran movilidad de plantillas e incluso un control del trabajo sin que vaya en detrimento de la productividad y la calidad. Precisamente en estos aspectos es donde las innovaciones tecnológicas deben aportar más. Las nuevas técnicas deberán estar encaminadas no a esclavizar sino a conseguir que el hombre sea cada vez más libre.

Estamos ante la era de la microelectrónica y la telecomunicación y el mundo camina, aunque muchas veces no lo consiga, hacia una civilización en la que el ocio, la cultura y en definitiva la libertad serán los valores más representativos.

Después de unos años difíciles, en los que la crisis económica ha puesto de manifiesto la existencia de una problemática muy fuerte como expresión de los muchos dislates cometidos anteriormente, e incluso, se ha llegado a una situación que hacía peligrar la estabilidad internacional, se ha visto la necesidad de aplicar unas nuevas reglas de comportamiento y la aparición de nuevos valores configuran las actuaciones futuras. Los planteamientos y remedios exclusivamente económicos no van a solucionar los graves problemas que aquejan a nuestra sociedad. Para salir de la crisis en que las economías occidentales están inmersas es necesario tener la valentía de reconocer que hay que variar el comportamiento en lo que a horas de trabajo y consumismo se refiere y hay que dar entrada a una nueva escala de valores en donde el primer lugar lo ocupe el afán de las personas por ser LIBRES.